

## LA PRINCESA EN EL CASTILLO EN LLAMAS

Micael 1º- 2º

Era una vez un hombre pobre, que tenía tantos hijos como agujeros tiene un colador.

Y todos los hombres del pueblo eran ya sus compadres. Al nacerle un hijo más, se sentó en el camino para pedir al primer transeúnte que pasase, que fuese padrino del niño. De pronto, venía bajando por el camino un anciano con un manto de color gris al que le hizo el pedido:

*-"Por favor, buen hombre, acepte ser padrino de este pobre niño que me acaba de nacer y no puedo sostener".*

Y el anciano aceptó sin preguntar nada.

Siguieron juntos los dos por el camino y el anciano ayudó a bautizar al niño. Dio entonces le regaló al padre una vaca y un becerro nacido el mismo día que el ahijado. El becerro tenía en la frente una estrella dorada y debía pertenecer al pequeño.

Cuando el niño creció, el becerro se había convertido en un enorme toro, y juntos iban todos los días al prado. El toro sabía hablar y cuando llegaban a la cumbre de la montaña decía al pequeño:

*-"Quédate aquí y duerme. Mientras tanto voy a buscar mi pasto."*

En cuanto el pastor se dormía, el toro corría como un rayo hasta el gran pasto celeste y comía flores doradas de estrellas. En cuanto el sol se ponía volvía buscar al pequeño e iban a casa. Esto sucedió todos los días hasta que el niño llegó a tener la edad de veinte años.

Un día le dijo el toro:

*-"Ahora siéntate entre mis cuernos y te llevaré hasta el rey. Pídele una espada de hierro del tamaño de siete varas y dile que quieres salvar a su hija."*

En poco tiempo llegaron castillo real. El pastor descendió y fue a hablar con el rey. Éste le preguntó el motivo de su visita, y después de oír la respuesta, le dio con gusto la espada deseada, pero sin mucha esperanza de poder volver a ver a su hija. Muchos jóvenes valerosos habían osado en vano liberarla. Ella fue raptada por un dragón de doce cabezas que vivía muy, muy lejos. Nadie podía llegar hasta allá, pues en el camino hacia su castillo, se elevaba una montaña inmensamente alta, intransitable, y más allá, un inmenso mar muy bravo.

Vivía el dragón en su castillo de llamas. Aunque alguien consiguiese subir la montaña y navegar el mar, nadie lograría pasar por las llamas poderosas; e incluso, habiéndolas vencido, terminaría muerto por el dragón. En cuanto el pastor obtuvo la espada montó de nuevo entre los cuernos del toro y en un instante se encontraron delante de la montaña inmensa.

*-"Podemos volver", le dijo el pastor al toro, pues hallaba imposible transitarla.*

El toro le respondió:

-*"¡Espera sólo un instante!"* Y bajó al muchacho al suelo. Una vez hecho esto, dio un gran impulso y movió con sus cuernos poderosos la montaña entera hacia un lado, y pudieron entonces seguir adelante.

El toro sentó de nuevo al pastor entre sus cuernos y más adelante llegaron al inmenso mar.

-*"Ahora podemos volver"*, -dijo el joven-, "*pues allí nadie puede conseguir pasar*".

-*"¡Espera apenas un instante!"*, -le replicó el toro-, "*y asegúrate bien en mis cuernos*".

Entonces el toro bajó la cabeza hasta el agua, se bebió el mar entero y así siguieron en el suelo seco, como sobre un pastizal.

Luego llegaron al castillo de llamas, pero ya de lejos sintieron un calor tan intenso que era insoportable para el muchacho.

-*"¡Para!"* -le gritó al toro-, "*no vayas adelante, si no vamos a morir quemados*".

Así el toro corrió hasta bien cerca y escupió sobre las llamas de una sola vez el mar que se había tragado y rápidamente se apagaron.

Luego un humo enorme se elevó llenando de nubes todo el cielo.

Entonces del vapor que daba miedo saltó el enfurecido dragón de doce cabezas.

-*"Ahora te toca a ti"*, -dijo el toro a su amo.

-*"A ver si consigues cortar todas las cabezas del monstruo de un solo golpe."*

El joven reunió toda su fuerza, tomó la espada poderosa entre sus manos y golpeó tan rápidamente al monstruo que todas las cabezas rodaron al suelo.

El animal se retorció, debatía contra la tierra con tal fuerza que ésta temblaba. El toro agarró entonces el cuerpo del dragón con sus cuernos lanzándolo hacia las nubes, y no se vio nada más de él.

El toro dijo al pastor:

-*"Mi tarea llegó a su fin. Ve hasta el castillo y allí encontrarás a la princesa. Llévala de vuelta a su país."*

Habiendo dicho esto, corrió hacia el pasto celeste y el muchacho nunca más lo vio.

El joven se dirigió al castillo, donde encontró a la princesa, la cual se alegró mucho por estar libre del terrible dragón.

Regresaron juntos al país de la princesa, donde se casaron, llenando de felicidad todo el reino.

Cuento popular de Transilvania

Aportación de Samanta Rey T.